

Melodía del fin del invierno

José Agustín Blanco Redondo

*Dedico este relato a la memoria
de mi abuelo Alberto Blanco Rodríguez.*

*“... besé su mano, me echó su bendición, y partí de sus
pies, asustado y agradecido...”*

Diego de Torres y Villarreal

Pablo golpeó la aldaba e intentó abrir la puerta, pero apenas logró dejarla entornada. Introdujo luego el pie entre la jamba de granito y la madera, empujando con todas sus fuerzas. La puerta terminó por ceder entre un cansado rezongar de bisagras y el prolongado gemido del roce del borde superior contra el dintel. La humedad, pensó el hombre mientras accedía al interior. Colgó su gorra del perchero y esperó a que sus pupilas se adaptaran al lecho de oscuridad antigua que se mecía en el zaguán. Caminó después en dirección a los haces de luz dorada que se filtraban por los resquicios de la puerta. Tras abrirla, sintió cómo la calidez que se agazapaba en la cocina buscaba refugio en sus labios ateridos, en los sabañones que paralizaban sus manos, en ese temblor húmedo y brillante que se agarraba a su mirada.

La penumbra resbalaba por la cal de las paredes, retrocediendo de mala gana ante la claridad que desprendían las brasas del hogar. De los palos del techo colgaban gavillas de pimientos, ramas de laurel, hatillos de camisas de culebra, algún lagarto seco y destripado y unas lúgubres escalas con peldaños de costillas y metatarsos de cabra. En la alacena se podían distinguir botes de hojalata que albergaban especias, saquitos de arpillera preñados de tierras ocre, rojas y albarizas, botellas con ungüentos de color indefinido y tarros de cristal con hojas, semillas y raíces. Una mesa de madera presidía la estancia y sobre ella se esparcían cuencos con cenizas, un lebrillo con lana negra, dos cuernos retorcidos de carnero y una sucia escudilla que contenía la ya acartonada silueta de una asadura de cordero.

Pablo permaneció allí, inmóvil, en el umbral de la puerta, con los pies enterrados en un suelo de arcilla apisonada, con las manos unidas, retorciendo sus dedos hasta blanquearse los nudillos, ignorando el dolor, con la mirada desnudando aquel desierto de cotidianidad, con su mente escapando a territorios más amables, con su voluntad presa del temor, de ese atávico respeto que lo desconocido impone a las almas de las personas honestas, sencillas, sólo acostumbradas a trabajar para sobrevivir.

La anciana dejó de remover el caldero de cobre y se alejó de la lumbre para sentarse en el extremo de un poyo de piedra adosado a la pared que hacía las veces de altar; un altar donde se arracimaban vírgenes de barro junto a estampas de Santa Apolonia y San Vicente, todo el conjunto convenientemente asistido por la luz trémula de velas y candiles. Su cuerpo menudo se cobijaba bajo una saya negra y un pañuelo del mismo color se anudaba a la barbilla tras recubrir su pelo sin conseguirlo, a tenor de la rebelde guedeja de estopa blanca que se despeñaba sobre la frente. La mujer levantó la cabeza muy despacio, enfrentándose a través de un velo de sombras a los anhelantes ojos de Pablo. No hicieron falta las palabras. El hombre no tuvo que explicar la razón de su presencia en aquel pequeño pueblo hincado en las umbrías de la Sierra de Ávila y alejado casi dos jornadas del suyo, de Las Navas del Marqués, en aquella casa de piedra y suelo de arcilla apisonada, en aquella cocina de lumbre baja que soportaba los hervores tenues de un caldero de cobre. Una amarga sonrisa se deslizó por el cuarteado rostro de la anciana, instantes antes de pronunciar aquellas enigmáticas palabras:

- Venga, acérquese y démelo...

Pablo sintió cómo sus piernas respondían de nuevo a la querencia de su voluntad, liberadas de esa opresión que parecía haberlas clavado en el suelo. Buscó asiento en una silla frente a la lumbre, muy cerca de la mujer, y sacó de su bolsillo un pequeño envoltorio, entregándoselo en silencio. Ésta deshizo el nudo y permitió que la luz del fuego liberara los reflejos azulados que se desprendían de aquel mechón de pelo, un pelo de un color negro intenso, tanto como el del azabache más puro.

La anciana tomó un tazón de loza de la cornisa de la chimenea y lo llenó de agua. Murmuró una bendición e introdujo el extremo del mechón en el aceite de un candil, dejando luego que el pelo

goteara tres veces sobre el tazón. Las gotas de aceite, nada más rozar la lámina de agua, se dispersaron en una infinidad de minúsculas partículas que parecían repelerse entre sí, diluyéndose como si fueran lágrimas caídas en un estanque, hasta desaparecer por completo.

Los labios de la mujer se trocaron inmediatamente en sumideros de tristeza. Antes de que Pablo pudiera darse cuenta, la anciana se incorporó, abrió una diminuta ventana y arrojó el tazón a la calle, estrellándolo sobre una lancha de granito que se arrimaba a los muros de la casa. Tomó luego las manos del hombre y las acarició muy despacio, recorriendo la piel de sus dedos sin que Pablo fuera capaz de evitar que un escalofrío se alojara en sus entrañas y cercenara su corazón al escuchar aquellas palabras:

- Lo siento. Su mujer está hechizada. El mal ha entrado en ella para quedarse y parece estar agarrado al pecho y a la matriz.

Las pupilas del hombre se detuvieron en el rostro de la mujer en busca de un ápice de esperanza, de un remedio para su tribulación, de una cura a la que asirse en la ciénaga de la adversidad, de una oportunidad para su joven y amada esposa Marta. Cuando su mirada tropezó al fin con la de la anciana, Pablo comprendió que jamás encontraría una respuesta en aquellos ojos que le observaban desde un pozo condenado para siempre al silencio de los colores, al silencio de una noche de eterna oscuridad, al silencio de una ceguera que, con toda seguridad, le acompañaba desde muy niña.

.....

Pablo pasó la noche más larga de su vida encerrado en la única pensión del pueblo, recluso en un frío cuartucho de paredes desconchadas, despierto, escuchando los ronquidos y las emanaciones del resto de huéspedes –un arriero, dos carreteros y un joven maestro embutido en un desgastado traje de pana verde-, sin ser capaz de desvestirse, arrojado sobre un jergón de sábanas grises y mantas dotadas de un sospechoso apresto, acompañado por una inquieta, arrastrada e invisible caterva de criaturas, esperando el amanecer del viernes, el día que la anciana curandera había estimado adecuado para recitar la oración que quizás salvaría a su mujer de los desgarros de la muerte.

Se incorporó de madrugada con la esperanza de malgastar su insomnio ante la ventana, contemplando las briznas de luz blancuzca que se descolgaban de la luna; una luna llena y cercada

por un halo refulgente que Pablo supo interpretar al instante. Mañana llovería. Un lastre que no haría sino complicar su necesario retorno a Las Navas del Marqués, a ese pueblo suyo arrumbado junto a la esquina más oriental de la provincia de Ávila. Durante aquella ingrata vigilia, el hombre se abandonó a sus recuerdos, con los párpados cerrados, arrimando a su mente algunos de los pasajes de su juventud, una juventud que se deshacía ya entre los empujones del tiempo, arisca, lejana, inasible. Y aunque llevaba esos recuerdos labrados a cincel y fuego en la corteza de su corazón, un paño de nostalgia cubrió el alma de Pablo al hacerlos presentes, después de tantos años, en el sórdido regazo de aquella habitación de mala muerte: la Sierra de Malagón y los estertores de la de Guadarrama palpitando ante el destellar del sol del mediodía, el rumor agreste de los pinos negrales y de los robles, la mirada siempre dura, siempre fiel de esas peñas de granito que doblegaron sus aristas ante la intemperie; la soledad que al atardecer se amarra a los altos de Cartagena y Puerto del Descargadero, los ribazos densos, ahítos de miradas de agua, de sigilos de pájaros y de esas caricias de espesura que custodian los arroyos del Corcho, Conejeros y del Trampal; la procesión en honor al Santísimo Cristo de Gracia del segundo domingo de Julio del año mil novecientos cuarenta y nueve, el momento en que conoció a una joven de cabellos de azabache, Marta, una joven que algunos años después se convertiría en su mujer; sus obligados y tempranos escarceos con el desagradecido oficio de pastor, el único a su alcance, el único que a la postre conocería, el oficio que, a las órdenes del amo, arrastró antes que a él, a su padre, a su abuelo y al padre de su abuelo por el polvo de todos los caminos, breñas, pinares y veredas de la comarca durante demasiadas décadas; su innata habilidad para trabajar la madera con la ayuda de una navaja, como podía atestiguar aquella dulzaina de raíz de fresno, campana tallada con el nombre de Marta y pipa de cuerno de toro a la que logró arrancar de oído jotas y romances con los que ahuyentó la soledad de tantas noches de invierno en las majadas. Pablo negó en silencio, moviendo levemente la cabeza, al acercar a su memoria lo sucedido un atardecer en el que, hartado de cazar lagartos para recordar la textura de la carne, saltó una cerca de piedras y merodeó por los vivares en busca de algún conejo al que abatir de una pedrada y calmar así las punzadas del hambre. Un atardecer en el que, enmaromando sus cuernos y utilizando el tocón de una encina como polea, rescató a una vaquilla que enterraba ya sus corvejones en el

mortífero barro de un trampal, sin recibir del mayoral de aquella prestigiosa ganadería más recompensa que una seria reprimenda y la amenaza de visitar el cuartelillo de la Guardia Civil por haberse introducido en la finca sin el permiso de la propiedad. Sólo los lastimeros mugidos de la erala, que saboreaba de nuevo el rocío de la libertad y los jugosos pastos de la vida, parecieron agradecerle su desinteresada intervención. Aquel atardecer aprendió a valorar objetivamente el interior de las personas; los adentros, a menudo inextricables, de esos semejantes adinerados que siempre lucharían por ser diferentes a él; los adentros, a menudo inextricables, que mueven a éstas a comportarse de forma extraña, sin atender a los cánones amables de la razón.

Un día de finales de noviembre, cuando la nieve comenzaba a recostarse en las umbrías, sobre los barbechos, en los prados y en las siembras de cereal y tras demasiados meses de pensárselo, de demorar conscientemente el momento, de aquellos furtivos encuentros junto a la Fuente del Saúco o en la del Valladar, en las riberas frescas del río Valtraviés o en los esporádicos bailes en la plaza del pueblo, Pablo reunió todos los retales de valor que pudo encontrar, los mezcló con una copa de aguardiente y se presentó en casa de Marta para pedir su mano. Jamás podría olvidar el rostro del que meses después sería su suegro –desprecio, decepción, tal vez resignación- y las lágrimas que se descolgaron de los ojos de Marta momentos antes de que su padre cerrara la puerta en las narices del novio y comenzara a gritar a su hija, como un alma acosada por el maligno, que ella se merecía una vida mejor y que se imaginara el disgusto que se llevaría su madre si aquellas fiebres no se la hubieran llevado hacía ya tres años. Parecía como si el oficio de pastor no resultara lo suficientemente bueno para Marta ni para su futuro esposo, como si los cincuenta y cinco duros que él ganaba al mes no alcanzaran para abastecer una despensa de pan, tocino y lentejas.

El hombre abrió los ojos y contempló por la ventana cómo el manto de oscuridad que se aplastaba sobre el horizonte comenzaba a quebrarse con algunas sutiles desgarraduras de un azul muy pálido, convenientemente custodiadas por unas nubes densas que sólo podían albergar agua. Amanecía. Muy pronto estaría de nuevo junto a su mujer.

.....

Pablo golpeó la aldaba y asestó un contundente golpe de hombro a la puerta. Ésta se abrió con su ya familiar crujir de maderos y bisagras mientras la lluvia caía a plomo desde las tejas, resbalando sobre el cuerpo del hombre antes de alcanzar el suelo. En la cocina, la anciana reavivaba el fuego introduciendo paja de algarrobas bajo la leña de encina. Al escuchar sus pasos, la mujer se incorporó, tomó un puchero de barro de la alacena y extrajo de su interior un papel del color del ámbar con al menos media docena de dobleces.

- Quítese la pelliza y póngala a secar frente al fuego. No puede usted enfermar ahora. Su mujer le necesita.

La anciana mojó sus dedos en aceite, se santiguó y perfiló tres cruces sobre el mechón de pelo de Marta, colocándolo luego al lado de una imagen de la Virgen. Encendió tres velas, desplegó el papel y lo acercó a su regazo. Se arrodilló y, con una voz que no parecía la suya, musical, limpia, henchida de juventud, comenzó a recitar de memoria la misma oración que yacía impresa en el papel, una oración que Pablo ya no podría olvidar jamás.

Cuando terminó la plegaria, la curandera se mantuvo inmóvil durante algo más de un minuto, de rodillas, con sus malogrados ojos dirigidos al mortecino resplandor de las velas, manteniendo el papel muy cerca de su pecho, como si hubiera entrado en trance, como si se hubiera olvidado de respirar, como si nada de lo que la rodeaba tuviera el más leve valor. El hombre comenzó a preocuparse seriamente, pero no sabía muy bien lo que debía hacer para ayudarla. Cuando se acercó a ella e hizo ademán de tocarle el hombro, la anciana pareció despertar de un sueño hondo, lejano, como de otro mundo y desplazó los labios hasta dibujar con ellos una sonrisa abierta que hizo prender la esperanza en el atemorizado corazón de Pablo:

- Debe partir cuanto antes. Cuando llegue a su pueblo, recoja hojas de tomillo, agallas de roble y dos azumbres de agua de la Fuente del Saúco, elabore una infusión, añada miel de brezo y un pellizco del contenido de este tarro de clavo y albahaca que le entrego. Que su mujer se la tome tres veces al día hasta que se encuentre mejor. Creo que así se salvará.

Los agradecidos ojos de Pablo la miraron con ternura; los agradecidos brazos de Pablo la estrecharon con respeto, con toda la admiración que podía caber en su entendimiento; las

agradecidas manos de Pablo le entregaron un cabrito recién destetado que no dejaba de balar, un cabrito que había logrado sustraer del rebaño del amo con la falsa excusa de que había muerto aplastado bajo el cuerpo de su madre. Luego, se abrigó con la pelliza, salió presuroso y montó a lomos de un joven burro con el mismo color del trigo en el mes de julio. Antes de partir, el hombre se dirigió por última vez a la anciana que, desde el umbral de la puerta, había salido a despedirle.

- Sólo una cosa más, ¿Cómo podré reconocer al malnacido que nos ha hecho esto?

La curandera chasqueó la lengua y escupió hacia la lluvia. Tras un breve silencio tan sólo roto por el repiqueteo del agua sobre los charcos embarrados de estiércol, dirigió el vacío de sus ojos hacia él para asegurarle:

- Cuando salga por la mañana a tirar la ceniza de la lumbre, fíjese en la primera persona que pase por su lado, porque ésa es la culpable.

Pablo se preguntó cómo la anciana podía saber que él salía por las mañanas a tirar la ceniza. Como no pudo encontrar una respuesta válida, se conformó creyendo en todo aquello que le había dicho, asumiendo que aquella mujer disponía de poderes muy alejados de la comprensión humana. La anciana se giró y pasó al interior de su casa, cerrando muy despacio la puerta, pero en ese momento, Pablo, extrañado, no pudo escuchar el cansino rezongar de las bisagras ni el gemido de la madera al rozar sobre el dintel de granito.

.....

Aquella jornada no dejó de llover y el aguacero quiso acompañar a Pablo durante las dos horas que sucedieron al alba del segundo día, hasta que, de repente, el sol del final del invierno fundió el plomo que amalgamaba las nubes en un lienzo de color gris sucio y se agarró al azul del cielo con el ánimo cierto de permanecer allí, solo, arisco, arrogante, hasta la llegada del crepúsculo. Fue entonces cuando los torreones cilíndricos del Castillo de Magalia y la maciza torre de la iglesia de San Juan se perfilaron entre los despojos incendiados de rojo y malva que el ocaso acostumbra a olvidar en el horizonte. Fue entonces cuando la mirada de Pablo, turbia de ansiedad y fatiga, quedó prendida de aquellas llamaradas lánguidas, buscando el consuelo que sólo podía proporcionarle la cercanía de su pueblo, de su casa, del rostro de su esposa Marta.

Era noche cerrada cuando Pablo pisó las calles desiertas de Las Navas del Marqués y observó con deleite las abigarradas columnas de humo que se desprendían de las chimeneas y aspiró como cuando era un niño el aroma de las brasas de leña de roble, y escuchó complacido el sonido de los cencerros de las vacas que se ordeñaban en los establos, y caminó entre las casas y los establos, despacio, saboreando la cercanía de unos vecinos a los que no podía ver pero que sabía que estaban allí, tras aquellos humildes muros de piedras mampuestas, bajo los sobrados, al calor de la lumbre, de las sopas de ajo o del pote navero, contando quizás a sus hijos y a sus nietos las mismas leyendas tramadas de coraje, amores y desdichas que escucharon de sus antepasados, leyendas que sólo los padres y los abuelos saben y pueden relatar a los niños.

Pablo accedió a su casa por la puerta de la cuadra. Colmó de paja el pesebre, añadió unos puñados de avena y palmeó con afecto el flanco izquierdo del borrico. Atravesó luego el suelo embarrado del corral y se dirigió a la habitación donde reposaba su mujer. El candil iluminó tenuemente el interior del cuarto, desvelando al fondo el pesado perfil del armario y el contorno del palanganero. Más cerca, la luz despertó a la cómoda de su sueño de tinieblas, resbaló por los laterales de la mesilla de noche, buscó cobijo por entre los barrotes de latón de la cama que heredaron de la abuela Úrsula y se encaramó a los ángulos del espejo enmarcado en madera que les regaló la tía Consuelo el día de su boda.

Pero la mirada de Pablo no se detuvo para inventariar los enseres de la habitación. La mirada de Pablo sólo abrigaba un destino, el cuerpo de su mujer; un cuerpo que parecía dormir con la placidez de los recién nacidos, ajeno al frío y a la lluvia, sumergido en las cálidas entrañas del colchón de lana, con su rostro acariciado por la tela del almohadón y por el embozo bordado de la sábana. El hombre sonrió. Sí, su mujer tenía mejor aspecto. La piel de las mejillas ya no se arrimaba tanto a los huesos y su pelo negro volvía a brillar con los reflejos azulados de siempre. No quiso despertarla. Volvían a tener todo el tiempo a su lado, todo el tiempo para quererse, para abandonarse al lenguaje de las miradas, para entregarse al idioma de las caricias, de los dedos en sus labios, en su cuello, en la cintura; de los besos en su pelo de azabache, en sus párpados humedecidos por las lágrimas de esa felicidad que Pablo temió haber perdido para siempre.

El hombre abandonó el cuarto con cuidado de no despertar a Marta. Pasó a la cocina, cruzó un par de leños en el hogar y reavivó las brasas con el badil. Asó en ellas un par de morcillas caseras, las degustó con pan de hogaza y un vaso de tinto, cubrió luego uno de los poyos con dos mantas e improvisó una cama para descansar de una pesadilla que ese Dios que habitaba en los cielos había decidido trocar en sólo un mal sueño del que muy pronto despertaría.

.....

Apenas había dormido cinco horas, pero Pablo se despertó temprano, cuando el amanecer no era más que una medrosa veladura ocre que se anudaba al horizonte.

Mientras retiraba la ceniza del hogar para dejar hueco a las nuevas brasas, recordó que debía avisar de su regreso a su vecina Teresa, pues era ella la que había cuidado de Marta durante sus días de ausencia. Recogería luego el agua de la Fuente del Saúco, las agallas de roble y el tomillo para las infusiones y acudiría a la Casa Alta, a la casa del amo –quizá debiera de acostumbrarse ya a decir la casa de la viuda del amo, puesto que hacía ya tres meses que éste había fallecido- para que el administrador le encomendara el hato de cabras a pastorear. Recordó que le tuvo que mentir, que ocultar la enfermedad de su mujer y simular una desgracia familiar en aquel pueblo de la Sierra de Ávila para poder visitar a la curandera ciega. Fue la única salida que encontró, cerradas como estaban las puertas a la intervención de don Marcial, el médico del pueblo, un hombre sabio y honrado al que, sin embargo, no podría haberle pagado ni la primera de sus visitas.

Recogió la ceniza en un cubo de hojalata y se dirigió a las afueras del pueblo, hacia un barranco que llamaban muladar. No había terminado de arrojarla cuando, a su espalda, escuchó una voz; una voz bronca y familiar que golpeó sus tímpanos mientras le decía:

- Pablo, me alegro de que ya estés aquí. Te acompaño en el sentimiento por lo de tu familiar de ese pueblo de la sierra, pero, ¿cómo has visto a tu mujer? ¿cómo se encuentra hoy?

Pablo permaneció en silencio, quieto como un podenco señalando una pieza al cazador, las dos manos aferradas al asa del cubo, apretando aquel alambre curvo que ya comenzaba a doblarse por la presión; los ojos cerrados y la espalda arqueada, las piernas abiertas y flexionadas, preparadas para girar su cuerpo en un salto definitivo y sin retorno; las quijadas contraídas, apretando los dientes en

un esfuerzo sobrehumano por domeñar sus emociones, su rabia, esa furia animal que pugnaba por quebrantar las endebles juntas de la cordura.

- ¿ Te encuentras bien, Pablo?

El hombre se volvió hacia la voz, muy despacio, y sintió cómo el odio de sus ojos se hundía en los de aquella mujer. Era mayor, casi una anciana, y vestía de un luto riguroso –aquel abrigo de astracán debía de costar dos o tres años de su sueldo- sólo perturbado por el crucifijo que, a la altura del pecho, colgaba de una gruesa cadena de oro. Su cuerpo era extremadamente delgado y su cuello parecía tan flexible como las ramas de las mimbreras del río. Tenía la piel del rostro muy blanca, casi nívea, como si la sangre no acudiera a bañarla por dentro, y estaba cruzada por algunas arrugas leves que, sin embargo, apenas lograban disimular los estragos de la edad. Su mano derecha buscaba el contacto con el suelo a través de la plateada empuñadura de un bastón de madera que proporcionaba un indudable empaque a su frágil figura. Pablo conocía muy bien a aquella mujer, la dueña de la mitad de las tierras del pueblo y de casi todo el ganado, la dueña de la Casa Alta, la casa que hasta hacía sólo tres meses había pertenecido al amo, pero que ahora era gobernada con mano de hierro por su afligida viuda.

- Estamos bien, gracias, doña Elvira.

Pablo calló, consciente de que no saldrían más palabras de su boca. Agachó la cabeza, sepultó la mirada en el suelo y continuó retorciendo la maltrecha asa del cubo mientras se dirigía al interior de su casa, rumiando aquellas palabras que escuchó de su abuelo cuando sólo era un niño, unas palabras que se trocaban ahora, tras enroscarse en las hogueras de su mente, en una sentencia que muy pronto debía ver cumplida: la venganza se saborea siempre mejor en frío.

Comenzó a trabajar aquella misma mañana. No encontró en casa a su vecina Teresa, así que le dejó una nota para que le hiciera el favor de administrar a su mujer las infusiones de agallas e roble, tomillo, miel de brezo, clavo y albahaca prescritas por la curandera. Ya en el campo, Pablo encomendó a su perro la custodia del hato de cabras mientras él, recostado sobre una roca granítica, cavilaba sobre la mejor forma de ajustar las cuentas a doña Elvira. Tras vaciar su dulzaina de

melodías lóbregas, su mente maduró la que sería su venganza; una venganza que caería sobre la dueña de la Casa Alta como caen las bellotas en las dehesas para ser devoradas por los cerdos.

Durante varios días recorrió junto a las cabras calveros, baldíos, pinares, páramos y laderas rocosas y engavilló toda la gualdaperra que pudo encontrar. Recordó que el boticario del pueblo denominaba a esa planta venenosa “digital” y que aseguraba que, ingerida en determinadas cantidades, podía paralizar el corazón de una res. En invierno, la gualdaperra escondía su vistosa cascada de flores rosas con tintes purpúreos, pero Pablo la conocía bien. Debía aprovechar la escasez de pastos en el campo para así mezclarla con el forraje que se administraba en los apriscos, cuadras y establos de doña Elvira. Pronto vería morir a todas las cabras, ovejas, vacas y mulas de la viuda del amo. Pablo continuó con sus desvaríos, pensando que cuando aquella vorágine de cadáveres hacinados hubiera terminado, tendría reservadas unas cuantas hojas para la dueña de la Casa Alta. Aún no sabía cómo lograr que las tomara, pero ya se le ocurriría algo. Siempre, cuando la necesidad apretaba, se le ocurría algo.

.....

Anocheecía. Tras ordeñar a las cabras, Pablo aleccionó a su perro, dejó el hato a su cuidado y acudió al pueblo. No quería que nadie le viese bajar de la majada, que nadie pudiera ir al administrador de la Casa Alta con el cuento de que había abandonado su trabajo. Sólo deseaba escuchar de nuevo la voz de su mujer y contemplar una brizna de alegría en esa mirada que tanto añoraba. Se acercó furtivamente a las primeras casas, como si fuera un lobo hambriento al acecho de su presa, confundido entre el frío de las tinieblas, con la espalda arrimada a las cercas, reptando por las esquinas y los rincones, ocultando su sombra entre el resto de sombras, con su cuerpo trocado en la argamasa que uncía las piedras, hollando las mismas calles que, no hacía demasiado tiempo, le ayudaron a convertirse en un hombre.

Ya estaba muy cerca. Se escondió entre la pared y la puerta de la cuadra y accedió al interior de su casa. Cruzó el corral y se plantó frente a la puerta de la habitación donde descansaba su mujer. El afligido corazón de Pablo latió con la fuerza del alivio cuando vio a Marta levantada, sonriente, con la habitación ventilada, afanada en fregar las baldosas y en cambiar las sábanas de la cama. El

corazón de Pablo latió después con la fuerza del cariño cuando estrechó entre sus trémulos brazos el cuerpo de su mujer. El hombre acarició las mejillas, el cuello y la frente de Marta, introduciendo los dedos en su pelo del color del azabache para despeñarlo por su espalda, para peinarlo con ternura, para recordar ese tacto de seda que le cautivó desde el primer día, mientras las palabras se hacinaban impacientes en sus labios, pisándose unas a otras, como cuando las cabras se agolpan en la manga de un aprisco:

- ¿Cómo estás, cariño? ¿te encuentras bien?. Dime, ¿te duele el pecho? ¿ya no tienes fiebre?
Gracias, gracias a Dios que estás bien...

Y Pablo, con la mirada trabada a la de su mujer, ya no pudo dejar de hablar, de relatar minuciosamente su viaje a aquel pueblo de las estribaciones de la Sierra de Ávila, a aquella casa de piedra con la puerta encajada en el dintel, a aquella cocina de lumbre baja presidida por un rústico altar cuajado de vírgenes, velas y santos. Un viaje con el propósito de recibir consejo de una anciana sabia, ciega y dotada de unos poderes sobrenaturales que habían logrado rescatarla de las garras de aquel maldito hechizo. Le confesó a Marta cómo la curandera había señalado a la dueña de la Casa Alta como la responsable del maleficio que la había postrado durante días. La mujer sintió cómo su sangre abandonaba los territorios de la conciencia, cómo le flojeaban las piernas, cómo el temor apretaba su corazón con un palpitar amargo cuando Pablo le puso al corriente de la venganza que tenía reservada para aquella vieja arpía, para aquella viuda estéril que parecía querer gobernar también dentro de las casas de sus jornaleros.

La mujer le tomó las manos, con los ojos encharcados de lágrimas frías, y, mientras le mostraba el interior del cajón de la mesita de noche, sólo acertó a decirle, muy tenuemente:

- Pablo, cariño, creo que te equivocas...

.....

Pablo afiló su navaja, decoró con incisiones florales el contorno de la campana y lijó con esmero todo el derredor de la dulzaina de madera de roble que acababa de tallar. Luego cerró los ojos, se llevó la pipa a los labios e interpretó una cancioncilla popular que había escuchado tararear a su vecina Teresa. Sonrió satisfecho al escuchar el limpio sonido desprendido por el instrumento.

Introdujo la dulzaina en el interior de la única caja de cartón que pudo encontrar, la caja que contenía aquellos zapatos elegantes que compró en Ávila y que, como le hacían un daño horroroso en los talones, sólo había utilizado un día, un día muy especial, el de su boda con Marta. Quizá le pareciera un obsequio demasiado rústico para su gusto a buen seguro refinado, pero Pablo estaba seguro de que nadie le regalaría jamás una pieza artesanal tan bien rematada. Depositó la dulzaina sobre un lecho de paja de trigo, cerró la caja, la ató con un cordel deshilachado y se dirigió a la casa. A la casa de la viuda del amo.

Porque ahora Pablo tenía una deuda. Una deuda que no sabía muy bien cómo satisfacer, aunque de lo que sí estaba seguro era de que debía tragarse todo su maldito orgullo para agradecer a Dios y a doña Elvira su desinteresada ayuda en el reestablecimiento de su mujer.

Porque ahora Pablo sabía que, la misma noche en que viajó a aquel pueblo en busca de la curandera ciega y de sus conjuros, oraciones y remedios, la dueña de la Casa Alta había acudido a su casa para interesarse por la falsa desgracia familiar que le había obligado a partir.

Porque ahora Pablo sabía que, nada más ver a su mujer delirar por la fiebre que la postraba en el lecho, la viuda del amo ordenó avisar a don Marcial, el cual no tardó en diagnosticarle una pulmonía aguda que necesitaba ser tratada con urgencia.

Porque ahora Pablo sabía que las dos visitas diarias del doctor y todas aquellas medicinas que colapsaban el cajón de la mesita de noche, habían sido pagadas por una mujer buena a la que, sólo unas horas antes, él había planeado asesinar tras envenenar a todo su ganado.

Y así, mientras el atardecer arrojaba sus últimos rescoldos hacia poniente, Pablo comprendió que todo el agradecimiento que amenazaba con desbordarse de los linderos de su corazón ya siempre se engastaría en el alma de madera de esa humilde dulzaina que yacía en una caja de cartón atada con un cordel deshilachado. Una dulzaina que muy pronto reposaría en su lugar, sobre las ajadas manos de doña Elvira, sobre las manos de la dueña de la Casa Alta.